

# El Culpable

Arturo Martínez Gómez

Image not found.

## Capítulo 1

Entre un paisaje dominado por estrellas y nubes extraviadas, de cerros desolados y despeñaderos rojos, corría a toda prisa un indio. Abundio venía jadeando con fuerza, resoplando saliva y sangre de su boca partida por un culatazo que le habían acomodado en la cara unas horas atrás.

Su curtida y tiesa mano empuñaba todavía con fuerza su machete, salpicando sobre su camino la sangre que aun no secaba de su hoja. El metal frío de su arma y herramienta reflejaba brillante la cara de la luna que radiaba una formidable luz, aquella noche parecía una medalla de plata.

Gracias a ese intenso resplandor, Abundio pudo advertir los muchos obstáculos de su improvisado camino entre los montes, evitando tropezar a toda velocidad y caer de cara sobre una de las tantas afiladas piedras de aquel seco paraje, paraje lleno de veredas y barrancas escondidas entre tierra y piedra, entre el mezquite y el nopal. Solo quitaba la mirada del camino para mirar atrás, para cerciorarse de que siguiese manteniéndose lo mas lejos posible de aquellos que le perseguían por sus pecados, pero lo único que se veía sobre los cerros eran las tristes figuras de algunos arboles formando largas y delgadas sombras a partir de aquella purísima luz nocturna, una briza congelada mecía sus ramas, moviendo sus siluetas desnudas de follaje como si de serpientes negras se trataran, ondulando perpetuamente entre la vieja hierba.

Ni un rastro de alma humana caminaba ya por esas tierras, Abundio se encontraba totalmente solo, pero no podía evitar sino seguir corriendo. Sin pensar y sin sentir, sus piernas se ponían una delante de la otra, el creía que le pisaban los talones, que si se detenía por instante, aquellos ya estarían a sus espaldas, amarrándolo de manos y pies para llevárselo y quitarle la vida. La verdad es que ya llevaba unas buenas horas de correr desbocado por el campo y sin parar como animal, sus huaraches ya los había perdido kilómetros atrás y esprintaba descalzo sobre piedras y ramas escondidas entre la hierba seca.

Una vez la adrenalina depleta de su cuerpo y la boca hecha una pasta de tierra y sangre a falta de saliva, se percató de su desgaste, del cansancio físico y mental, entonces, una de sus miradas culpables hacia atrás lo hizo tropezar y embestir de frente a una gran roca, el golpe le había causado un dolor tan intenso que al instante empezó a revolcarse por aquel violento encuentro entre hueso y piedra, el dolor se iba reemplazando poco a poco por una gran necesidad de reposar, terminando así inmóvil.

Tirado boca arriba, extendió sus adoloridas extremidades y descansó mirando a las estrellas, el frío de la noche le erizaba los vellos

de sus brazos y piernas empapadas de sudor y ya bastante fatigados por la cruel e inútil carrera llevada a cabo en aras de su vida, pero la tierra a sus espaldas la sentía todavía caliente de la tarde. El firmamento lo tomó en sus brazos y lo arrulló dulcemente, entonces sus ojos se tornaron tan pesados que no pudo evitar sino cerrarlos y lo que él había pensado toda la vida que eran las voces de ángeles y diablos susurrándole al oído, comenzaron otra vez a hostigarlo, a burlarse y mal aconsejarlo.

"Te dije que las encontrarían. Te vas a ir al infierno Abundio. Hubieras cavado más hondo y los perros no las habrían olfateado. Tonto. Era por su bien. Se las hubieras dado a los puercos. Dios te va a castigar. Nomás era cosa de una vez y nada más. Cerdo. Ya se acercan. Que podías hacer si ya no te podías aguantar. Escúchalos venir. Tenías que hacerlo. ¿Ya le estabas agarrado el gusto verdad?"

Esta vez Abundio ni siquiera haría el intento de taparse los oídos como siempre lo intentaba cada vez que esto acontecía, ahora ya no le importaba. Se estaba quedando profundamente dormido sobre sus espaldas.

En ese momento ni lo tibio de la tierra podía calentar su frío cuerpo, ya se había convertido en una piedra más en el paisaje, en otro tronco inmóvil bañado por los últimos destellos de una hermosa luna devorada lentamente por una inmensidad de nube y lluvia.